

Dichosos los que creen sin haber visto

Domingo II de Pascua. Ciclo B

Hech 4,32-35; Sal 117,2-4.16-18.22-24; 1 Jn 5,1-6; Jn 20,19-31

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros. Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús...

Exclamó Tomás: ¡Señor mío y Dios mío! Jesús le dijo: ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.

La primera Lectura de los Hechos de los Apóstoles hace un apunte sobre la vida de los primeros cristianos; explica que "pensaban y sentían lo mismo: lo poseían todo en común y nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía; todos eran muy bien vistos; ninguno pasaba necesidad y los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor con mucho valor.

La perícopa de hoy destaca que todos los cristianos "piensan y sienten lo mismo". El momento constitutivo de esta comunidad de amor es la resurrección de Jesús; la alternativa cristiana es religiosa; la resurrección de Jesús es el comienzo y el signo infalible de la nueva humanidad; es la resurrección la que desencadena el entusiasmo comunitario. En el origen mismo de la resurrección de Jesús se halla Dios (cfr. Hech 2,32) y a El se refiere la frase: "todos eran muy bien vistos", que quiere decir que "Dios los miraba a todos con mucho agrado"; aparece en el centro la predicación o testimonio de los apóstoles, que es lo que reúne y mantiene a los cristianos en la concordia de una misma fe. Porque es la palabra de Dios, el evangelio de Jesucristo, el verdadero principio y fundamento de la iglesia. La obediencia al evangelio une por la raíz a todos los creyentes y hace que todos tengan unas mismas convicciones y unos mismos sentimientos en Cristo. El texto subraya la comunicación de bienes materiales. La tradición de san Lucas se caracteriza por la insistencia en la renuncia efectiva de las riquezas; no se contenta con una "pobreza de espíritu", que pudiera ser malentendida hasta el extremo de compaginarse con la riqueza real.

En los primeros capítulos de Hechos de los Apóstoles, San Lucas presenta la imagen ideal de la Iglesia, una especie de "proyecto a alcanzar" por toda comunidad cristiana; la comunidad es el primer fruto de la resurrección; pero, no era una comunidad económica con una caja común, redistribuida posteriormente en partes proporcionales iguales; no consistía en un modelo económico comunista (como lo era la comunidad de Qumrán, de la que la comunidad cristiana se diferencia sustancialmente), sino de una comunidad de amor, en la que los bienes de los miembros están a disposición real y efectiva de cualquier hermano, porque entre ellos no existe el concepto de propiedad privada. Lo esencial es la comunión práctica, la unión personal y material a que debe tender toda comunidad cristiana. Este es el sentido de la generalización de San Lucas. Es interesante que mencione esta dimensión económica y material en un libro cuyo principal protagonista es el Espíritu Santo. No sólo no están referidas ambas cosas, sino que se necesitan mutuamente; pues, con ello, se evita la tan frecuente concepción espiritualista e irreal de la vida en el Espíritu. El vivir en El ha de tener repercusiones concretas en las relaciones económicas entre los cristianos. Puede verse en este sentido lo que se prescribe en la Didajé: "No rehuyas al necesitado; al contrario, comparte todo con tu hermano y no consideres nada de lo que tengas como propiedad exclusiva".

La comunicación de bienes no aparece aquí como un orden socio-económico y legalmente impuesto a todos los miembros de la comunidad. No se trata de un comunismo

primitivo, del que pudieran esperarse ciertas ventajas para todos los fieles y para la marcha económica de la comunidad. Su motivación última es religiosa. Obedece, de una parte, al mandamiento nuevo del amor al prójimo, y de otra, presupone el desarraigamiento característico de unos fieles que esperaban la inminente venida del Señor. Cuando los fieles procedentes de Galilea se establecieron definitivamente en Jerusalén, llevaron consigo a la ciudad todos sus bienes y comenzaron a compartirlos. Siguiendo su ejemplo y acordándose de las palabras de Jesús: "Vende lo que tienes y dalo a los pobres" (Lc 18, 22), muchos se sumarían espontáneamente a este movimiento. Pero nada más lejos de la conciencia de unos hombres que esperaban el fin de este mundo que organizar un sistema de trabajo comunitario con la ayuda del capital acumulado.

Simplemente compartían lo que tenían, sin preocuparse demasiado por el día de mañana. Por esta despreocupación y aquella espontaneidad, por tratarse de un orden libremente aceptado, se distingue la comunicación de bienes de los cristianos primitivos no sólo de una economía comunista, sino también de aquella que practicaban los esenios; pues de estos escribe Flavio Josefo en su libro sobre la "guerra judía": "Tenían como norma que todos los que ingresaban en la secta pusieran sus bienes al servicio de la comunidad. De manera que nadie fuera honrado por su riqueza ni humillado por su pobreza; y dado que los bienes de cada uno iban a parar al bien común, todos disfrutaban como hermanos de una misma propiedad. Por eso elegían a los administradores".

San Lucas presenta un modelo de vida ideal, un desideratum. Naturalmente, no es ni quiere ser una historia de la comunidad primera, aunque pueda tener una base histórica. En esta cuestión importante de la historicidad, hemos de apuntar que, frecuentemente, se ha tomado como una descripción histórica de la primera comunidad de Jerusalén, sacando de ahí consecuencias polémicas y desacertadas. Parece claro que Lucas no pretende el hecho histórico; en realidad las cosas no pasaron como están presentadas aquí. Hay que tener en cuenta, en primer lugar, la acusada tendencia de Lucas a la generalización, presente tanto en su Evangelio como en este libro; en segundo término, por su inveterado optimismo. Así mismo, en Hech 5,4 aparece claro que un cristiano no podía vender sus posesiones con toda libertad y hacer lo que quisiera. En fin, Hech. 6,1 y Gál 2,10 indican que la situación económica de la comunidad de Jerusalén no era tan idílica, como aquí se apunta.

Ello no significa que este texto sea falso; el objetivo de Lucas es mostrar el desarrollo de una comunidad cristiana ideal, el grado que todo grupo cristiano debe alcanzar en la convivencia y el modo en que ha de repercutir la fe en los aspectos materiales y económicos. Lo cual sería, por otra parte, el mismo mensaje que se desprendería del posible hecho histórico. El contenido es lo importante; sirve de modelo y acicate para la Iglesia de antes y de ahora. Lo esencial es que el cristiano dé testimonio de la Resurrección con el desprendimiento del dinero, el compartir los bienes y la atención a los hermanos reales.

Siempre el hombre se ha fabricado y rodeado su vida de sueños y realidades. Cualquier proyecto de vida lleva consigo una carga de utopía que luego puede contrastar con la mera realidad circundante. Pero, a pesar de todo, permanece siempre el hecho de la realidad cotidiana que se transfigura poco a poco en la medida en que dejamos rendijas abiertas a nuestros sueños. Aquí, interesa subrayar el vigoroso testimonio de los apóstoles en vistas a cambiar las perspectivas de vida de aquella primera comunidad. La verdad fundamental de toda comunidad es su unidad interior efectiva en el espíritu. Significa haber descubierto la propia plenitud en la comunicación con los demás en sentimientos, experiencias y, sobre todo, en la fe; es la koinonia (Hech 2,42), expresión de la realidad de vida compartida.

La comunidad de bienes, el elemento más sorprendente del texto y, también, el más utópico, es de gran importancia en cuanto alienta a vivir la alegría y la esperanza evangélicas. La comunidad cristiana debe manifestar su realidad de "comunión". Las formas pueden ser diferentes y diversas de acuerdo al tiempo y el lugar, pero siempre, necesarios para fortalecer y expresar la fe en el Resucitado. Unión-comunión con los apóstoles, en la oración y fracción del pan, así como en la ideal comunidad de bienes, es lo que toda comunidad debe pretender y lograr con la ayuda del Espíritu. Se trata de acercarse lo más posible a un verdadero sentido cristiano. El punto clave de unión ha de ser la fe en Jesús y el servicio al prójimo.

La segunda lectura perteneciente a la primera carta del Apóstol San Juan

afirma: "Todo el que cree que Jesús es el Cristo, ha nacido de Dios; y todo el que ama a Aquel que da el ser, ama también al que ha nacido de Él. En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: si amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos"... (5,1-6).

La perícopa se centra en la fe; la fe en el sentido neotestamentario en general y joánico en particular coincide en gran parte con el amor; pues, mezcla la fe y el amor, como consecuencia de la filiación divina, que indica algo muy importante y no tan entendido: la fe sin amor no vale nada, mejor, es inexistente y a su vez amor práctico, real, con repercusión en los mandamientos, de los cuales el primero es el de amar; lo cual indica también que no son mandamientos sin más, porque el amor no se manda. Fe y amor con referencia a Jesucristo, también, está inseparablemente unido al amor del prójimo.

"Jesucristo viene con sangre", alude a la muerte de Cristo por amor al hombre. El símbolo de nuestra fe es "Jesús es el Cristo", Jesucristo, pues, con estas palabras se confiesa el evangelio: que Jesús, el que ha muerto en la cruz y no otro, es realmente el Cristo que ha resucitado; esta es la identidad que constituye la sustancia del mensaje predicado por los testigos, los apóstoles. El que cree que Jesucristo es el hijo de Dios, ha nacido de Dios; y por tanto, ama al que le ha dado el ser, al Padre, y a todos los que han nacido del Padre por esa misma fe; todos los que creen en Jesucristo son hermanos; esta fraternidad es fundamental, pertenece a la misma constitución de la comunidad de Jesús que llamamos la Iglesia; todo ministerio, que es servicio a la Iglesia, permanece, si es válidamente cristiano, dentro del marco de la fraternidad y nadie puede situarse por encima de ella, si actúa como auténtico hijo de Dios.

El que cree que Jesús es el Cristo, nace de Dios, ama a Dios y a los hijos de Dios y cumple los mandamientos; y si no los cumple, esto es, si no cumple el mandamiento del amor, miente y él mismo se condena, es un incrédulo, no cree que Jesús es el Cristo y ya está condenado. Esta es la forma cómo para Juan la ortopraxis es la verificación o falsificación de la ortodoxia.

La nueva vida de los hijos de Dios se mantiene en el mundo y a pesar de este mundo. Es verdad que la concupiscencia o los intereses egoístas de este mundo oponen resistencia a los hijos de Dios, pero nuestra fe es la victoria que vence al mundo; pues se trata de una fe que nos une a Jesucristo, el mismo Hijo de Dios. Frente a los herejes que acentuaban el valor del bautismo de Jesús en el Jordán y negaban el sentido salvador de su muerte en el Calvario, el autor acentúa por igual ambos misterios. "Agua y sangre" son aquí dos figuras que se refieren al bautismo y a la muerte de Jesús respectivamente. Si en el bautismo en el Jordán fue investido con la misma fuerza de Dios, el Espíritu, esta fuerza se manifestaría precisamente en la debilidad de la cruz. Es el mismo Espíritu que descendió sobre Jesús en el Jordán y al comienzo de su vida pública; el Espíritu que Jesús, Muerto y Resucitado, envía sobre la iglesia naciente para que empiece su misión en el mundo y predique el evangelio; el Espíritu Santo que da testimonio de que Jesús es el Cristo, revelando el sentido salvador de su muerte en la cruz. Por eso, este Espíritu es la verdad, pues es quien la manifiesta y la comunica.

Vencer al mundo supone esta fe en el Hijo de Dios; san Juan precisa qué es "creer"; porque en esto había y hay peligro de ilusión; se puede creer y no cambiar de actitud concreta de vida. Por eso, señala las condiciones realistas de la fe, el que cree, cumple los mandamientos; de ese modo, la fe hace de los cristianos vencedores del mundo.

EL EVANGELIO según San Juan cuenta hoy la aparición de Jesús a los discípulos.

El cuarto Evangelio subraya la Resurrección en dos momentos del domingo: al amanecer, Jesús se aparece a la Magdalena, que al descubrir el sepulcro vacío, avisa a Pedro y a Juan y, al anochecer, se presenta entre sus discípulos, en la casa con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. El segundo tiempo del relato se sitúa a la semana siguiente, estando ausente, Tomás ha puesto condiciones para creer que Jesús está vivo, Jesús se hace presente por segunda vez e inmediatamente se dirige al hombre que había dudado.

La liturgia, con este evangelio que constituye un precioso entramado teológico, invita a subrayar el sentido del domingo. Es día del Señor, en que celebramos la fe pascual y la irrupción de la eternidad de la Trinidad en nuestra historia, llenos de alegría alrededor de Jesús Resucitado, núcleo vital de la comunidad y de los discípulos. Este evangelio se puede considerar el "centro teológico del domingo cristiano"; se resalta el domingo cristiano: la

comunidad de creyentes vive el sentido originario del domingo en memoria y a la espera del Resucitado. Es el día de la Resurrección, de Pascua.

Este Evangelio propone varios temas: las apariciones del Señor se suceden de ocho en ocho días; Cristo-Resucitado transmite sus poderes a los apóstoles; finalmente, los discípulos llegan a descubrir, igual que Tomás, la fuerza viva de la fe.

San Juan resume los datos que han llegado a su conocimiento. Jesucristo no es ya un hombre como los demás, puesto que pasa a través de los muros; pero no es un espíritu, puesto que se le puede ver y tocar sus manos y su costado. Su resurrección ha supuesto para El un nuevo modo de existencia corporal. Juan no insiste tanto, como Lucas en el pasado, con el fin de probar que su resurrección estaba prevista; San Juan lo presenta orientado hacia el futuro y preocupado por "enviar" a sus apóstoles al mundo. Este hecho es prolongación del envío que el Padre ha hecho de su Hijo (Jn 17,18). Los apóstoles están ya habilitados para terminar la obra que Cristo ha iniciado (Jn 17,11). Tema importante es la preocupación de Cristo por organizar los distintos elementos de la actividad apostólica: la jerarquía, los sacramentos, el banquete, la asamblea.

Recibid el Espíritu Santo. Jesús imparte a los Apóstoles, con el don del Espíritu, la ordenación ministerial. Juan se hace eco de una antigua idea de los medios judíos, en especial de los que se movían en torno a Juan Bautista, en que se esperaba a un "Enviado" que "purgaría a los hombres de su espíritu de impiedad" y les purificaría por medio de su "Espíritu Santo" de toda acción impura, procediendo así a una nueva creación (Sal 51,12-14; Ez 36,25-27). Al "insuflar" su Espíritu, Cristo reproduce el gesto creador de Gén 2,7 (cf, 1 Cor 15,42-50, a lo que Cristo debe su título de segundo Adán al "Espíritu" que recibe de la resurrección; Rom 1,4).

Mediante su resurrección, Cristo se ha convertido, pues, en el hombre nuevo, animado por el soplo que presidirá los últimos tiempos y purificará la humanidad. Al conferir a sus apóstoles el poder de remitir los pecados, el Señor no instituye tan solo un sacramento de penitencia; comparte su triunfo sobre el mal y el pecado. Por ello, San Juan ha querido asociar la transmisión del poder de perdonar con el relato de la primera aparición del Resucitado. La espiritualización que se ha producido en el Señor a través de la resurrección se prolonga en la humanidad por medio de los sacramentos purificadores de la Iglesia.

La Presencia del Resucitado es de tal especie que no se le reconoce: María Magdalena lo confunde con el jardinero (Jn 20,11-18). Cuando lo "reconoce" se le prohíben las muestras de respeto, con que trataba al Cristo Pre-pascual. La nueva forma de vida del Señor no permite ya conocerlo según la carne, a base tan solo de los medios humanos; ya no se le reconocerá como hombre terrestre, sino en los sacramentos y la vida de la Iglesia, que son la emanación de su vida de resucitado. La "fe" que se le pide a Tomás permite "ver" la presencia del resucitado en esos elementos de la Iglesia, por oposición a toda experiencia física o histórica; la fe está ligada al "misterio", en el sentido antiguo de la palabra.

Esta aparición asocia el don del Espíritu y la fe a la revelación del costado de Jesús. Juan ya apuntó (19,34-37), que el costado lacerado de Cristo en la cruz, llevaría la fe, a quienes lo vieran herido; la contemplación de la muerte de Cristo provoca la fe por la acción del Espíritu; si Cristo muestra su costado no lo hace por simples razones apologéticas: revela a los contemplativos la fuente de la nueva economía. Así, la visión que los apóstoles han tenido de Cristo resucitado no ha sido de tipo material, como exigía Tomás; en realidad, los diez apóstoles han tenido una experiencia real del Señor resucitado, pero, quizás, fue más mística que la que pedía Tomás. El asunto está en "creer sin ver"; la resurrección no es, desde luego, una cuestión de apologética ni un acontecimiento maravilloso; es un acto interior de fe, un signo en la medida en que la fe la ilumina.

Jesús, al presentarse, les comunica paz e infunde alegría a los encerrados; y, con la paz y la alegría, el aliento de un envío a semejanza del que Jesús recibió del Padre. Jesús está ahí, es el mismo que había convivido antes con los que ahora están incapacitados por el miedo. "Paz a vosotros". Por dos veces resuena la frase. Ya no es hora del miedo, sino de la paz, que ha de ocupar el espacio interior de quienes estaban sumidos en el temor. El corazón de los discípulos se distiende y la alegría aflora. "Paz a vosotros". Se produce el cambio; ya no hay lugar a encierros ni temores. "Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo". "Recibid espíritu santo". Y les da la potestad de perdonar los pecados. Este poder se da en el seno de la comunidad creyente, más allá y por encima de las concreciones

históricas que esa potestad ha asumido con posterioridad. El autor no escribe en términos trinitarios, sino en sentido de calidad de existencia. "El espíritu sopla donde quiere, se oye el ruido, pero no se sabe de dónde viene ni adónde va. Eso pasa a todo el que ha nacido del espíritu" (Jn 3,8). Estos son los cristianos al ser los enviados de Jesús. Llevan una forma de existencia opuesta al decaimiento y al miedo.

Juan pone de manifiesto que la convivencia física con Jesús no es criterio suficiente, para entender a Jesús en profundidad; adelanta que se puede dar la inteligencia de Jesús, sin haber convivido físicamente con El. Juan no minusvalora el papel de los testigos oculares, quiere animar a todos los cristianos; se trata de una problemática fundamental vivida intensamente en las primeras comunidades cristianas. El texto de este domingo nos proporciona la gran alegría de saber que hoy podemos entender a Jesús, incluso mejor que los que convivieron con El. Estamos realmente en el tiempo pascual.

Los primeros cristianos se llaman a sí mismos elegidos, que han sido enviados a cumplir una misión, en favor de los demás; para llevarla a cabo reciben la fuerza del Espíritu. El episodio de Tomás quiere afirmar la fe de todos aquellos que no vieron directamente al Señor y para los que se han escrito todos los signos que Juan narra en su evangelio. "Dichosos los que crean sin haber visto". Jesús acepta la confesión de Tomás, pero le reprocha el modo de llegar a ella, declarando bienaventurados a los que crean, sin necesidad de la comprobación tangible; el acontecimiento encierra un sentido profundo. Sólo la fe permite ver y entender la trascendencia de lo que sucede; en el resucitado, reconocen los apóstoles al Jesús que anduvo con ellos por los caminos de Palestina; el Jesús de la historia es el Cristo de la fe, Jesús es el Cristo.

Hemos de reconocer en el Resucitado al mismo que fue Crucificado. La actitud incrédula de Tomás se produce con frecuencia; muchos desearon alguna vez tener la certeza casi física de la presencia de Jesús Resucitado en su vida, meter los dedos en la herida de los clavos, en el costado abierto de Cristo; muchos hemos sentido alguna vez el miedo a las presiones, a la oposición y al ataque, pero el Señor, el Jesús que ha triunfado en la cruz, conoce y entiende nuestras debilidades; es el Señor, que entrando sin llamar, viene a nuestra intimidad, se presenta al corazón y nos habla con dulzura y tranquilidad: "Paz a vosotros". El shalom de Dios, la paz que inunda el alma, que hace presente al Espíritu en nosotros y en este mundo tan necesitado de ella. Paz a todos los hombres.

Camilo Valverde Mudarra